

La Corte de los Malditos

Sabela Giménez



Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1.

La casa

Devonshire, 1857.

La espera había llegado a su fin. Después de tantos años aguardando en la oscuridad de su propia mente, había llegado el día en que finalmente probaría su valía. Los médicos lo habían tomado por un loco, pero él sabía que no había una sola gota de locura en su viejo cuerpo contrahecho. Paciencia. Esa había sido la clave de su supervivencia. Paciencia y fe.

Caminaba torpemente detrás de su señor, cojeando por su antigua herida en la pierna, haciendo que el farol que sujetaba se balanceara en el aire, produciendo un eco metálico en el camino. Se sentía dichoso. Cuando uno espera cerca de cuarenta años a probarse a si mismo, tiene mucho tiempo libre en el que imaginar cómo iba a proceder todo. No era ningún tonto, sabía que existía una pequeña probabilidad de que no saliera con vida de esa, pero estaba seguro de que su señor lo recompensaría. Oh, si, una jugosa recompensa. Él se movía con elegancia entre las sombras, como si se mimetizara con la penumbra que los cubría a ambos. Cuando lo vio por primera vez, muchos años atrás, recordaba haber sentido miedo, un miedo tan profundo y exquisito que lo había dejado sin habla durante dos días y dos noches. Recordaba haber rezado por su alma, y tras volver a verlo había rezado al mismo demonio para que le concediera verlo una vez más. Y así sucedió. Una divinidad, no sabía cual, había accedido a concederle su más ansiado deseo. A un alto precio, había de decir. No sabía a dónde se dirigían, pero el hecho de tenerlo a él delante le infundía una seguridad que no había experimentado nunca. Sabía que allá a donde fueran, iba a producirse un hecho tan sobrenatural como sobrecogedor.

Finalmente llegaron a un gran caserón, una finca cuyo suelo desprendía un intenso hedor a podredumbre que le producía arcadas. Sin embargo, su señor se movía con la misma gracia que siempre, como si aquel olor no lo molestara en absoluto. Era un hombre supersticioso, oh si. Sitios como aquel eran los que inspiraban historias de terror, aquellas que le habían apasionado tanto de niño, y que ahora lo hacían estremecerse como un recién nacido. Su señor se paró en seco en el portón de la casa, y para su sorpresa sacó de debajo de su abrigo una palanca con la que forzar el candado que pendía del tirador el portón. Con una floritura de su brazo y una patada, consiguió acceder a la casa. No entendía cómo había sido capaz de abrirla con tanta facilidad, pero era uno de los secretos que le estaban vetados. Secretos oscuros de los que prefería no saber nada. La casa parecía hacer ruidos extraños, desprendía un algo absolutamente

helador que lo dejó clavado en el umbral de la puerta. Cuando su señor hubo dado un par de pasos dentro del hall, todos los sonidos cesaron, y fueron seguidos por un silencio tan absoluto que hizo se le erizaran los pocos pelos que tenía en la nuca. El señor miró al techo y las paredes, como si estuviera leyendo algo escrito con tinta invisible, y se encaminó hacia la escalinata del centro de la estancia.

- Entra, Sikes.

El silencio se rompió con el espeluznante sonido de la voz de su amo y señor, y como si fuera una marioneta sujeta a poderes que ni él mismo podía entender, entró en la casa, cerrando la puerta tras él. Subieron las escaleras y Sikes tuvo la sensación de que cientos de ojos los observaban desde la negrura inescrutable de los altos techos, pero no miró. No pudo mirar. Al llegar al piso de arriba, su señor se paró en uno de los pasillos. Pero no se había parado porque hubieran llegado a su destino, sino porque de repente se puso alerta. Y si él estaba alerta, sólo significaba que un inminente peligro los acechaba. Sacó algo de debajo de su abrigo y aguardó. Aguardaron en silencio lo que a él le pareció una angustiada eternidad y entonces, un chillido rasgó el silencio y su amo, con un movimiento tan rápido que apenas fue perceptible, lanzó un objeto brillante hacia su izquierda. El chillido cesó enseguida, y se produjo un breve destello de luz en el suelo. Para entonces, ya había comenzado a notar como un líquido caliente le bajaba por la ingle hasta el suelo. Estaba muerto de miedo y comenzó a comprender, que se había perdido en las tinieblas de su propio deseo. Su amo, como si nada, recogió el objeto y lo apretó bien en su puño. Después, clavó sus ojos negros sobre él.

- Si... está aquí.

Soltó un grito de triunfo que hizo que su siervo comenzara a temblar y se dirigió hacia la única habitación que tenía la puerta abierta. Primero entró él y después, a duras penas, entró Sikes. La habitación estaba toda revuelta, como si alguien hubiera estado buscando algo y hubiera descargado su furia contra los muebles. Su señor recorrió la estancia con la mirada y luego clavó su vista en un viejo libro que estaba medio quemado bajo unas gruesas cortinas. Lo recogió con cuidado, casi con mimo y esbozó una aguda sonrisa.

- Es curioso, Sikes, cómo funcionan las cosas.

Lo volvió a mirar, y entonces supo con exactitud lo que iba a suceder.

- Mi señor... amo... yo...

- Tú, Sikes - dijo volviéndose hacia él y acortando la distancia entre ellos -

tú vas a ser la pieza que haga todo esto posible.

Temblaba tanto que la luz resbaló de sus nudosas manos y se fue a estrellar contra el suelo.

- Por favor...

- No supliques, - se detuvo y entrecerró los ojos, haciendo su mirada más punzante todavía - me has sido un siervo leal, y la recompensa será incalculable. Has esperado demasiado, después de todo ¿no es así?

- Si, si, señor. Lo he esperado siempre - agachó la cabeza, en una reverencia, ya que no le era posible seguir mirándolo a los ojos.

- Con devoción y fe. Si, así es. Y por eso tú, tú entre todos, vas a tener el honor de morir a mis manos.

Sintió como su alma se petrificaba por completo y se dejó caer de rodillas. Sus lágrimas le calentaban sus mejillas cetrinas, y en su interior pensó por un momento que aquel sería la última sensación de calidez que sentiría en su vida.

- Es por una buena causa. Una causa noble - dijo con su voz aterciopelada
- Morirás por una causa mayor, y siempre, siempre serás recordado. Siempre tendrás mi gratitud.

Cuando quiso darse cuenta, él estaba agachado a su altura, y le cogía el rostro entre sus manos. Nunca antes lo había sentido tan cerca, y volvió a sentir esa sensación de repulsión y deseo que había experimentado la primera vez que lo vio. Levantó la mirada, asustado, y al contemplar la perfección de su rostro, por una milésima de segundo, se sintió dichoso. Y después, frío. Oscuridad.

La espera había llegado a su fin. Había llegado el día en que finalmente, probaría su valía.

Capítulo 2

Capítulo 2:

La historia de James Bindon, o el Shakespeare de las esquelas

Londres, 1830.

Corría. Corría como un loco calle abajo intentando no dejar caer ninguno de los muchos documentos que llevaba encima. La gente me miraba como si fuera un chalado, y no me hubiera extrañado en absoluto que un par de policías me hubieran empezado a perseguir por alterar el orden público. Ya fuera niño, mendigo, banquero o la mismísima Lady Templeton, los empujones eran indiscriminados hacia los pobres viandantes de Cleveland Street. Pero no podía permitirme llegar tarde. Otra vez no. Me había pasado el último año realizando encargos imposibles para Mr Barrows, escribiendo artículos larguísimos sobre asuntos de lo más tediosos por el simple hecho de complacer su retorcida mente. Anuncios sobre carruajes nuevos, artículos sobre reuniones de vital importancia para el comité de flores para la fiesta de primavera, y publicar esquelas de empresarios de poca monta. De hecho, ésta era una de las pocas actividades que me permitían practicar mis habilidades narrativas, ya que, de motu propio, solía dedicarme a narrar las circunstancias de la muerte del difunto, con la ligera esperanza de dotar de algo más de emoción e intriga sus últimos momentos de vida. Esto ya me había costado un buen recorte en el sueldo unos años atrás, sin embargo, pude sacar tiempo, de mis horas de comer y dormir principalmente, para escribir unas horas todos los días. Un año y medio después, había escrito lo que, estaba seguro, sería mi obra maestra. Mi primera obra, y ya sería todo un éxito, debía ser así, pues había puesto cada gota de mi alma, mi salud, y mi propia cordura en él.

Como tú, lector, habrás adivinado, por aquel entonces trabajaba en una pequeña editorial que era propiedad de Mr Peter Barrows, o el viejo Barrows, como era más conocido. De hecho, llamarlo editorial sería todo un insulto, era más bien una mezcla entre redacción, imprenta y editorial de todos los periódicos locales de la zona noroeste de Londres, es decir, uno. A pesar de que el viejo Barrows amasaba una pequeña fortuna nada desdeñable, se negaba a poner un solo chelín en su propio negocio, aunque no era de extrañar, al poseer establecimientos de más importancia y categoría en diversos puntos del país, como la Editorial Primrose, para la cual escribían los mejores autores del momento. Los empleados solíamos comentar que el viejo había perdido el juicio hacía ya años, y que en su propia realidad, la Editorial Barrows seguía siendo la empresa que una vez fue. Dentro de la editorial, los otros empleados

solían mirarme con sonrisas burlonas. "¡Ahí va el Shakespeare de las esquelas!", solían decir entre carcajadas. Pero a mi me daba igual, sabía que era mejor que ellos incluso sin tener la mitad de experiencia. Pero yo, en mi silencio, estaba seguro de que el viejo hacía por dejaba caer en ruina la editorial por puro placer. Porque era así de cruel y miserable. Estaba tan seguro de eso como de que mi libro iba a ser un éxito de ventas. Finalmente llegué a una puerta de madera negra sobre la que se leía en letras de metal "Barrows & Co.", o caída y el "Co" medio suelto, como si alguien hubiera tratado de arrancar esas letras con algún tipo de herramienta. Entré con la respiración agitada y miré en derredor, buscando al viejo con la mirada. Obviamente, no se encontraba ahí. Inconscientemente, miré hacia arriba, donde se encontraba su despacho y comprobé que había luz en él.

Ya está. Había llegado el momento. Tragué saliva y subí muy despacio los escalones de metal que llevaban a su despacho, con una mano puesta en la oxidada y áspera barandilla. Con los ojos fijos en la puerta de su despacho, subí y subí, y a medida que iba subiendo más trozo parecía que me quedaba por subir. Tenía mucho calor, había corrido como alma que lleva el diablo y los nervios estaban matándome. Si olvidaba el sonido que hacían los demás en la planta baja, casi podía escuchar el propio latido de mi corazón. Qué fría estaba la barandilla ¿es que no se acababa nunca? Ya podía ver las espesas cejas de búho del viejo Barrows, frunciéndose ante mí, o alzándose a modo de sorpresa. Casi podía escuchar sus carcajadas cargadas de sorna. Finalmente, llegué a lo alto de las escaleras y me quedé mirando la puerta a una distancia prudente. Apreté el puño de la mano que tenía libre y, con el corazón a punto de salirse del pecho, abrí la puerta.

El señor Barrows tenía la constitución de una patata pocha. Era un hombre pequeño, redondo en su totalidad, con facciones redondas, ojos redondos, y figura redonda. Estaba ya casi calvo, pero todavía le quedaba pelo cano a los lados. Sus ojos, pequeños y negros, se veían ensombrecidos por unas espesas cejas negras que le daban un aire autoritario. Junto a él, enseñándole unos documentos, estaba el idiota de Fox. Éste último me miró con una ceja alzada, escrutándome de los pies a la cabeza antes de erguirse cuan largo era.

- ¿Le parece que esto es un negocio poco serio, señor Bindon?

La voz de Barrows sonó grave y cavernosa, y enseguida me recordó al croar de un sapo. Lo miré confuso a él, y seguidamente a Fox, que me miraba con la satisfacción de ver como el jefe me humillaba.

- Yo, eh... no, señor. En absoluto, señor.

- Entonces deberías llamar a la puerta o anunciar tu presencia por lo

menos, Bindon.

El muy cretino estaba disfrutando de lo lindo con aquella situación, así que no le di la satisfacción de mirarlo, ni de actuar como un niño asustado. Aunque lo estaba. Mucho.

- Lo siento, señor, pero no quería entregarle mi....

- ¡Tarde! Siempre tarde, Bindon. Habíamos quedado a las tres y media exactamente, ¡y llega tarde!

Frunció aun más el ceño, haciendo que sus cejas casi se juntaran y señaló con su vara al reloj de la pared, que marcaba las tres y un minuto. Fox tenía clavadas las pupilas en mí, y podía sentir las martilleándose la sien. Tragué saliva.

- He venido corriendo, se lo aseguro, señor.

- Excusas, excusas, excusas. Tarde y con excusas. ¡Cuádrese y deme esos dichosos papeles!

Extendió la mano y la agitó ante mí, como si agitara un montón de salchichas cortas y le entregué de inmediato mi preciosísima obra. Ya está, se la había dado. Alea iacta est. Se colocó unas gafas redondas que parecían diminutas en comparación con su enorme cara, y comenzó a leer las primeras líneas antes de pasarle el manuscrito a Fox.

- Basura.

- ¡¿Basura?!

Soné resignado y mi rostro se contrajo de una forma que hizo a Fox ensanchar la sonrisa. No podía ser, apenas lo había mirado. Me tomé la libertad de mirar a ambos como si estuvieran locos, mas locos que yo cuando andaba chocándome con cualquier ser viviente en la calle unos minutos atrás. Admito que mi forma de mirarlos, un tanto desdeñosa, pudiera parecer impertinente, pero eso era poco con lo que les estaba diciendo en mi cabeza. Fox se envaró y me miró como si fuera escoria.

- Deberías estar agradecido porque nos tomemos el tiempo de leer esta - contrajo el labio y tiró mi manuscrito al suelo - porquería.

Escupió cada sílaba de esa palabra y luego volvió a sonreír de forma viperina. De forma casi desesperada, me lancé a recoger los papeles, mirando a Fox como si estuviera completamente loco.

- La vida, señor Bindon, está llena de decepciones - dijo Barrows apuntando algo en su libreta - Es demasiado joven. Cuanto antes lo

asuma mejor. Y ahora, fuera de mi vista.

Antes de que pudiera reaccionar, Fox me había agarrado de brazo y me empujaba hasta la puerta, hasta que una vez en el umbral de la puerta, me soltó de forma brusca antes de cerrar la puerta. El corazón volvía a latirme muy deprisa y, conmocionado, miré mi manuscrito de nuevo. Las primeras hojas estaban arrugadas, y varias estaban desordenadas. El alma se me cayó a los pies. Meses de trabajo para nada. Si Mr Barrows no me daba su aprobación, no podría publicar en ninguna editorial respetable. Fruncí el ceño y bajé las escaleras hasta la planta baja, donde estaba mi escritorio, y guardé el manuscrito de malas maneras en el cajón para cerrarlo después con llave. Tenía sudores fríos y sabía perfectamente a donde tenía que ir para remediarlo.

Salí de aquel edificio y torcí a la derecha, en dirección contraria a por donde había venido. Evité las calles más transitadas y recorrí los laberintos secretos de las estrechas calles de Londres hasta llegar a mi destino. Una puerta roja, semirrota que albergaba una de las mejores atracciones orientales en la capital. Un lugar donde poder despejar mi mente hasta caer rendido. Estaba a punto de entrar cuando reparé en una figura encapuchada en la esquina del callejón, una figura que, tras parpadear, ya no seguía ahí. Lo achaqué a mis nervios, y entré en aquel local, donde enseguida percibí ese aroma dulzón tan conocido. Aquella fue la primera vez que la vi. Cómo adivinar que aquel día, al posar mi mirada en ella, había condenado mi alma para siempre. Aquel día, sin saberlo, había sentenciado mi destino a lo que sería una aventura sin retorno.

Capítulo 3

Capítulo 3

La historia de Nicholas Brehms, la "Mano de hierro".

Londres, 1855.

- ¿Y dónde dice que se encontraba en ese momento?

Aquel desgraciado lo miraba como si no hubiera roto un plato en su vida, con sus ojos grandes y marrones de gitano fijos en su pelucón de juez. Éste último, arqueó una ceja y miró al defensor del acusado, un pobre charlatán que ejercía de abogado por mera casualidad. Se secaba la frente empapada en sudor hasta llegar a su calva, y miraba a su cliente con una aprehensión que le resultaba extremadamente dulce. La señora Higgins, lloriqueaba desde su asiento, cubriéndose el rostro con un gran pañuelo negro, mientras el señor Clarke apreciaba la escena como aquel que saborea una temprana victoria. El acusado miró a su defensor, y luego volvió a mirarme a al juez, asustado y tembloroso.

- Yo... pues estaba en el mercao con...

- ¿Así que admite haber visto a la señora Higgins comprando...? - el juez se interrumpió para mirar a Clarke, pidiéndole información.

- Tomates.

-...tomates?

- ¡Pero si yo no hice ná! - explotó el acusado, nervioso.

- ¡SILENCIO!

La voz del juez Brehm se proyectó por toda la sala, generando un eco que hizo que el acusado se estremeciera en su silla. Se sentía muy, muy pequeño en comparación con aquel juez de ojos grises, casi sin vida, y aquella toga negra que le recordaba a las prendas que los verdugos acostumbraban a usar en las ejecuciones públicas. Por otra parte, el pobre acusado generaba cierta sensación de asco en su Señoría, con sus ropas raídas y su cara morena y sucia. Seguro que era culpable de haber robado el monedero a aquella mujer, y sino, seguro que era culpable de muchas otras cosas. El ilustrísimo juez miró al escribano, que estaba sentado a su lado en una pequeña mesa de caoba, y éste asintió de forma casi

imperceptible.

- No tengo tanto tiempo como para perderlo con gente como usted, Mr Raggs - dijo mirando al acusado con el ceño fruncido - Por la autoridad que me ha sido concedida, declaro al acusado culpable de robo. Será condenado a pagar con su propia mano, para que no se le olvide a usted ni a los de su raza que en mi zona de la ciudad, hasta ustedes pagan el precio. Se levanta la sesión.

Así, para sellar el veredicto, dio un mazazo en su mesa, y acto seguido los guardias se llevaron a Mr Raggs de los pelos, mientras éste se estremecía entre gritos y llantos.

- Inmundicia... - murmuraba entre dientes el juez mientras recogía sus cosas - Son como la peste, Higgs, nunca lo olvide.

- No, su Excelencia.

Ambos salieron de la sala y se dirigieron a los despachos del juzgado, que se encontraban en las plantas inferiores.

- La criminalidad ha crecido un cuarenta por ciento desde que llegaron esos... esas criaturas dejadas de la mano de dios. Son nómadas, seres primitivos sin una pizca de bondad en ellos, se lo aseguro.

- Si, su Excelencia.

Una vez en los despachos, Nicholas Brehm, la mano de hierro de Londres, se sacó la peluca, dejando ver una calva incipiente y pelo pobre de color gris ceniza, como sus ojos. Él y el señor Chesterton, el escribano, habían trabajado juntos los últimos veinte años, y aunque no eran amigos, pues el juez Brehm no creía en imbecilidades como la amistad, se podría decir que se aguantaban mejor de lo que podían aguantar a los demás. Walter Chesterton era un hombre de unos cuarenta años, arrugado y de piel curtida, sin embargo no era desagradable a la vista. De hecho, sus ojos azul pálido parecían albergar el fantasma de un antiguo soñador. De hecho, al señor Chesterton le hubiera gustado ser actor, pero los palos de su padre y dos años estudiando en uno de los mejores colegios católicos de la ciudad, le habían quitado esas tonterías de la cabeza.

- ¿Cómo está su esposa, Walter?

- Bien, señor, aunque ya sabe que es una mujer de salud delicada. Nada importante, de todas formas.

Mr Brehm pensó en lo mucho que le gustaba el escribano precisamente por ser un hombre de pocas palabras. Éste, por su parte, pensó en que no tenía por quién preguntarle al juez, ya que era bien conocido por ser un

hombre eternamente soltero, reservado y sin ningún pariente cercano. Eso sí, tenía entendido que disfrutaba de la compañía de varios ayudantes que se ocupaban de mantenerlo entretenido, aunque esto, por supuesto, no lo supiera nadie más que él. Al cabo de un rato, ambos se despidieron y el señor Brehm salió camino a su pequeño apartamento cerca de Torrington. Su andar era pesado, y cojeaba de una pierna por una antigua herida de guerra, algo que había intentado disimular con todas sus fuerzas, pero cuando estaba cansado como aquel día, dejaba esas vanidades atrás. La gente lo miraba con cierto temor y se apartaban a su paso, mientras avanzaba con su acostumbrado ceño fruncido y sus andares seguros, aunque inconstantes. Hacía unos años, unos niños se habían atrevido a tirarle piedras porque habían escuchado a sus madres decir que era un monstruo, pero desde que las declaró alcahuetas y les rapó el pelo a las tres, nadie se había atrevido a si quiera dirigirle la palabra por la calle. Mr Chesterton le había aconsejado mostrar piedad en sus juicios de vez en cuando. Pamplinas. La justicia se las cobraba caras, ojo por ojo. Prefería vivir en un mundo ciego y justo que uno que apartara la mirada ante las injusticias.

Finalmente llegó a su apartamento, una pequeña buhardilla en lo alto de un edificio de piedra negra. La subida de tantas escaleras hacía que le doliera la pierna, por lo que se dejó caer en su vieja butaca en cuanto se hubo quitado el abrigo. Debido a su notorio sobrepeso, le costaba respirar bien tras semejante esfuerzo y se quedó mirando la ventana que tenía enfrente, desde la que podía ver los tejados de su ciudad, como si fuera un guardián que vela por la seguridad constante en aquella gran cloaca que llamaban capital. El sol se estaba poniendo y a medida que se escondía en la línea del horizonte, más energía iba recuperando. Soltó un suspiro más parecido a un gruñido gutural que a otra cosa y se dirigió, despacio, a su armario. Poco a poco, se fue quitando la chaqueta, el chaleco, los gemelos, y la camisa. Qué camisa tan suave... y olía tan bien. Sonrió inconscientemente y con un movimiento grácil, la dejó sobre la cama. Qué cansado estaba. Definitivamente, aplicar la justicia era un trabajo sacrificado y agotador. Pero en las sombras moraban criaturas que repoblaban la ciudad al caer el sol, ladrones, asesinos, monstruos... Una corte de malditos a la que él mismo daría caza. Lo tenía claro.

Capítulo 4

Capítulo 4.

La noche en que James Bindon debía morir.

Londres, 1830

El ambiente estaba impregnado de un olor dulzón y pegajoso que llenaba mis pulmones con cada aliento que tomaba. Varias figuras confusas se movían a mi alrededor, danzando como imágenes sin forma ni significado concreto, haciendo que mi mareo se viera aumentado. Lo sentía todo y no sentía nada. Tenía la sensación de que en las venas tenía agua fresca que se agitaba y hacía que mi piel se erizara, pero tan pronto como me acostumbraba a esta sensación, el whiskey quemaba mi garganta a medida que me lo tragaba. Una comunión de fuego y hielo que me estaba acercando poco a poco al delirio. Las palabras del señor Barrows resonaban en mi cabeza, como si se tratara de un eco vacío y punzante. No había valido de nada, ni el esfuerzo, ni todas aquellas noches en vela en las que rugía a la noche de auténtica desesperación, cuando arrojaba los tinteros en todas direcciones mientras los habitantes de los retratos de mi pequeña habitación me miraban con burla. Qué gran sombra perseguía, qué destino tan desdichado y amargo el de un escritor frustrado. Me llevé la larga pipa a mis labios, como si fuera una vieja amante con la que me reencontraba cada noche y volví aspirar su empalagoso aroma.

Sentía y no sentía. Mi mente quería volar, transformando el dolor y la rabia en una calma tan perfecta y estática que acababa por resultarme amarga. Una falsa calma que actuaba como una fina cortina de seda que intentaba tapar un gran tumor. Las risas de mi alrededor se me hacían huecas y sonaban cada vez más cerca. Ya no había placer, sólo angustia. Quería irme y volver a casa, pero las piernas no me respondían, y sentí el agotamiento abrazado a mi pecho, como un demonio que me ataba a aquella cama de paja y sábanas sucias. La tranquilidad que intentaba apoderarse de mi era un enemigo del que tenía que deshacerme cuanto antes. Necesitaba acabar con todo. Mi nombre jamás figuraría en la portada de un libro, ni mis obras verían la luz del mundo. Si me quedaba donde estaba, seguiría siendo el Shakespeare de las esquelas, y seguiría inventando sucesos trágicos que al cabo del tiempo me costarían el puesto de trabajo. Y si me despedían de la editorial de Barrows ¿dónde iba a ir? ¿qué iría a hacer el pobre James Bindon con su vida? ¿Mendigaría? ¿podría ponerme a hacer pan o a barrer las calles? ¿Alguacil, tal vez? Mi madre siempre me dijo que tenía un bonito timbre de voz. Pero enseguida me acatarraría en invierno, y sería un escritor sin palabras... y sin voz. ¡Qué

triste mi existencia, entonces! ¡Qué tragedia! No, debía irme del mundo con algo de dignidad, con la poca que me había dejado aquel hombre sapo, de cejas de búho. Ese animal.

- Ese monstruo...

Eran las primeras palabras que conseguía articular. Ya estaba ganando dominio sobre mí mismo, sobre mi cuerpo al menos, y poco a poco me fui incorporando, sintiendo una náusea al cambiar de golpe toda mi perspectiva. Apoyé los brazos sobre mis rodillas e intenté enfocar lo que tenía delante de mí en vano. Veía formas yendo y viniendo. En la cama de enfrente, con más cojines que en la mía, una mujer parecía enseñar sus pechos, pero yo era incapaz de verlos. Me llevé una mano a la frente e intenté pensar con claridad. No quedaba otra, aquella noche James Bindon debía morir. Si, seguro que todo el mundo me echaría en falta cuando ya no estuviera. Inspiré una vez más el aroma de aquel local y me puse de pie como buenamente pude. Con ideas de muerte y venganza contra el mundo, crucé la estancia dando palos de ciego, hasta que pisé a alguien y un hombre fue tan amable de escoltarme a la puerta. De un empujón. De repente sentí mi rostro pegado contra el frío y húmedo asfalto, y las ganas de vomitar se intensificaron. Escuchaba todo Londres a mi alrededor y por un momento pensé que, después de todo, no sería tan mala idea quedarse ahí, con la piedra por almohada, convirtiéndome en parte de la oscuridad de la ciudad. ¿Y si pasaba un carruaje y los caballos me aplastaban? ¡Otra vez la idea de muerte! No podía ser casualidad. Mi destino estaba sellado.

Una vez me hube levantado y hubiera escupido todo el whiskey que se había mezclado en mi estómago con la esencia del opio, me decidí a recorrer el esqueleto londinense para decidir de qué modo debería abandonar el mundo. Obviamente, tendría que ser algo sonado, no demasiado extravagante, después de todo no quería que me tomaran por un loco. Por otra parte, no podía ser una forma demasiado discreta, porque ¿cuál era el propósito de aquello? ¡Ninguno! ¡el ridículo! La mors sans propos! Entonces, cuando estaba apunto de girar por Henrietta Street para llegar al puente de Waterloo, vi una figura roja no muy lejos de mí. Apenas la había visto por el rabillo del ojo, pero en cuanto me hube girado para apreciarla mejor, se había ido. ¿Sería aquella la muerte, que me esperaba envuelta en un manto rojo de locura y desesperación? Porque ese era el color de la locura. Sacudí la cabeza y me apoyé en el muro de una casa antes de proseguir mi camino. No, ya sabía lo que iba a hacer. Me iba a tirar del puente. Me iba a reír de la bóveda celeste y de sus estrellas reflejadas en las negras aguas del Támesis, me iba a vengar del mundo privándole del mejor escritor de lo que sería el siglo XIX. ¡Exacto! Iba a irme, y justo cuando me fuera, las noticias cubrirían la tragedia, de modo que la gente se interesaría por mi obra. ¡Era la publicidad perfecta! Una muerte para cubrir la gloria de mi obra. Porque ¿qué era la vida, sino la consagración de nuestro efímero tiempo a algo

que perdurase para siempre? Era un sacrificio mayor que debía tomar. Moriría. Moriría y renacería en la gloria de su obra. Renacería en las críticas y el recuerdo. Viviría en el pasar de una blanca mano al pasar los páginas, y en unos ojos ávidos en leer las líneas que tanto me costaron escribir. Era un sacrificio para un bien mayor.

Una vez hube llegado al puente, vágamente iluminado por las lámparas de aceite de las farolas, lo contemplé como quien se enfrenta a un viejo enemigo, con reto, pero con un ligero cariño. Caminé hasta la mitad con toda la decisión que fui capaz. y ahí, abrí los brazos todo lo que pude y cerré los ojos para aspirar el aire nocturno. El Támesis olía a putrefacción y a algo más que no supe identificar. Era libre, era libre de obligación alguna, y me iba a encomendar al destino para consagrar mi fama como autor. Iba a ser grande, la muerte me haría grande, aunque no lo supiera desde el mismo infierno. Entonces pensé en algo que no me había rondado la cabeza todavía. Si me quitaba la vida, las puertas del infierno me aguardarían. ¿Valía una entrada a la morada del mismísimo Satán la gloria de papel y tinta? Reflexioné, y miré confundido a las estrellas, que titilaban por encima de mi cabeza llena de dudas. Me pudriría en las llamas mientras cientos de demonios devorarían mi alma. Sería sometido a torturas inimaginables y todo eso... ¿por qué? ¿por vanidad? Si. Si, y valía la pena. Pensé en recitar unas palabras al mundo antes de zambullirme en la oscuridad para siempre, pero mi mente de genio poeta parecía colapsada por la emoción del momento. Y de nuevo, volví a ver una figura roja, reflejada en el agua. ¡Por Dios, el diablo me aguardaba! Ahí estaba, reflejado bajo una capa carmesí.

- ¡Aquí me tienes! ¡Por la gloria de lo perpetuo!

Lo que aconteció justo después, está borroso en mi memoria. La figura roja desapareció en el agua, y pareció moverse con una rapidez extraordinaria hacia el comienzo del puente, por donde había venido. Alcé la vista, y dejé de mirar el río, para mirar la calle en sí. Y entonces lo vi. Una criatura negra y oscura, grande como tres hombres y mirándome a los ojos, penetrando en mi alma con cada instante que pasaba. Nunca me sentí más aterrado. Noté que mi corazón se paraba para luego bombear precipitadamente, alertándome de que debía alejarme de aquel lugar cuanto antes. Sabía que iba a morir, y no de la forma en la que yo había esperado. Abrí la boca para gritar, pero no salió sonido alguno. El pánico quería desgarrarme la garganta ¡grita! ¡alerta a alguien! Pero como una rata cobarde, me quedé clavado en el sitio, sin saber a dónde ir. Entonces, la figura roja se lanzó contra esta criatura con un chillido agudo que hizo que me llevara las manos a los oídos, y en cuanto lo golpeó se produjo un estallido tal que me echó hacia atrás, haciendo que me tambaleara y cayera al río. La caída fue lenta y angustiosa, y entonces sentí una tremenda sensación de deja vú. El sonido volvió a mi garganta, y proferí

un grito desesperado antes de impactar contra la fría superficie del río.

No pude ver nada, no podía moverme porque las aguas heladas habían paralizado todo mi cuerpo. Sentía como cientos de agujas se clavaban en cada parte de mi ser, y el río me iba engullendo poco a poco. Apenas podía pensar. Ahí acababa. Ahí estaban las puertas del infierno. Pero no llegué. En lo que a mi me parecieron horas, llegué a la superficie, arrastrado con fuerza por un brazo blanco. Todo lo que escuchaba era un pitido constante en mis oídos, y más tarde el propio latir de mi corazón. En cuanto me depositaron en la orilla vomité todo. El agua, más whiskey; todo. Tome una gran bocanada de aire y fui sintiendo como las fuerzas me abandonaban poco a poco, sintiendo más y más frío hasta que mi consciencia dejó mi cuerpo para embarcarse en un sueño largo y oscuro.

Capítulo 5

Capítulo 5

La historia de la mujer marcada

Chippenham, 1829.

Desde la ventana del tercer piso, podía observar el recinto de entrada de aquella mansión venida a menos. Era una casa vieja y poco cuidada al no quedar heredero alguno que se ocupara de ella, y los pocos parientes lejanos que quedaban se habían desentendido completamente debido a las deudas que había dejado el último señor de la casa. Unos cuantos siglos atrás, Gregoir Crossward había comprado la parcela con la intención de construir una casa tan grande y gloriosa como la misma iglesia, proyecto que escandalizó al arzobispado. Intentaron disuadirlo diciéndole que aquello era perjurio contra Dios, y que su alma estaría condenada al infierno, y su familia a la decadencia. Finalmente, la parcela quedó ocupada por una casa monstruosamente grande que se erguía orgullosa en un extremo del pueblo, mientras que la iglesia quedaba situada en el opuesto. De esta forma, los dos edificios parecían admirarse y desafiarse en la distancia, con toda su majestuosidad y presencia; la casa de Dios frente a la casa del mismísimo Satán.

Su aliento golpeaba el cristal helado intermitentemente, mientras fijaba la mirada en dos figuras oscuras que se agolpaban frente a la puerta de entrada de aquella casa. El pastor Daniels y el joven notario Brehms estaban agachados frente al portón, como dos buitres examinando el cuerpo putrefacto de su víctima, antes de deleitarse echándole las garras encima. Al pensar en la certitud de esa comparación, esbozó media sonrisa y apretó algo que guardaba en su mano izquierda.

Un maullido cercano le hizo girar la cabeza hacia el interior de la estancia. El gato naranja que había tenido desde que era una niña la miraba fijamente sentado sobre una pila de libros desgastados, en una quietud casi total que sólo se veía alterada por el vaivén de su cola. Había pasado muchos años con él como para entender que estaba tenso. Asintió aun mirándolo, como si él la fuera a entender también. Desvió la mirada y contempló la estancia como había hecho cien veces antes. Los techos eran altos, de bóveda de crucería sujetos por unos ennegrecidos muros de piedra que rezumaban humedad y cierto olor a moho. Las estanterías destartaladas donde anataño habían reposado libros de valor incalculable, ahora descansaban desnudas sin libros sobre ellas, como esqueletos

viejos y rotos desprovistos de toda vida. Todavía quedaban algunos tapices en los que apenas se podía adivinar los trazos y las figuras que vivían en ellos. Finalmente, el suelo estaba cubierto por varias alfombras llenas de manchas, cristales y una gruesa capa de polvo. Lo único que parecía señalar que ahí vivía alguien, era la chimenea chisporroteante y un par de butacas rojas que parecían nuevas. Volvió a mirar por la ventana y, para su sorpresa, aquellas personas habían desaparecido. El portón estaba abierto.

- Malditos bastardos...

Apretando los dientes y los puños, se dio la vuelta con rapidez y cruzó la estancia para abrir los portones de madera que daban paso al vestíbulo. Bajo las escaleras rápidamente y aceleró el paso cuando escuchó voces en el hall. Cuando hubo llegado al rellano del primer piso, relajó su andar y analizó la escena con ojos escrutadores. El padre Daniels era un hombre gordo y calvo, que intentaba disimular su escasez de pelo con una vanidad muy poco común en hombre de la Iglesia. Estaba examinando atónito las columnas del gran hall, que tenían exactamente ocho metros de altura.

- Son casi tan altas como las de *su* iglesia ¿verdad?

Ambos hombres se volvieron hacia ella sobresaltados, como si no esperaran encontrar a nadie dentro de la casa. El hombre más joven se encontraba tras el párroco, vestido de manera impecable con ropas sencillas, pero elegantes. Aquel hombre tenía un aire de seriedad tan latente que se le hizo hostil, y su figura recta e impenetrable se le asemejó a la de su gato por un momento. Tenía entendido que el joven Nicholas Brehms se había trasladado desde Londres hasta aquel pueblo como notario, aunque en realidad solía ejercer como abogado. El rostro del joven Brehms pareció endurecerse cuando se fijó en las ropas que ella portaba. Supuso que si no habían coincidido con anterioridad se le haría extraño, puede que hasta escandaloso, que una mujer llevara pantalones y camisa, y que llevara el pelo recogido en una larga trenza que caía por detrás de ella.

- Señorita Crossward... - dijo el párroco - no sabía que había vuelto.

- Y sin embargo aquí estoy - respondió, bajando las largas escaleras lentamente, preguntándose por qué aquella vez habían llegado tan lejos - ¿Puedo preguntar a que se debe esta inesperada visita?

- La propiedad lleva abandonada más de veinte años - comentó impenetrable el joven notario - Veníamos a tasarla cuando vimos lumbre en una de las ventanas. Temíamos que se hubiera producido algún incendio.

- Por supuesto - respondió ella, entrecerrando los ojos mientras miraba

directamente a Brehms.

El párroco, comenzando a sudar como un cerdo, se limpió las gotas que caían por su frente y esbozó una sonrisa estúpida.

- Si hubiéramos sabido que usted estaba aquí, no hubiéramos irrumpido de esta manera...

- Si hubieran sabido que yo estaba aquí, no se hubieran atrevido a pasar de la berja de la entrada - interrumpió ella, usando un tono de voz cortante.

El notario miró confuso al párroco y después dio unos pasos hacia ella, sin un atisbo de temor por su tono amenazante.

- Sin embargo, el hecho de que sea la casa de su familia, no quiere decir que usted pueda vivir aquí.

Ella sonrió de repente, con un deje de sorpresa y desdén. Bajó el último escalón y caminó tranquila hasta quedarse a unos pasos del notario.

- ¿Ah, no?

- El propietario de la vivienda es el Señor Augustus Joseph Cross...

- Mi padre - le cortó - en paz descanse.

El párroco se santiguó y repitió sus últimas palabras, pero el señor Brehms seguía mirándola impasible.

- La cuestión es, señorita Crossward, que al no haber un heredero varón, la casa pasa a ser propiedad del...

- Mía - respondió ella utilizando un tono desafiante de nuevo, aguantando la mirada del notario - Soy hija única, y la casa es mía.

- La cuestión es, señorita, que al no estar usted casada... - comenzó el párroco.

- Conozco la ley, señor Brehms - respondió ella sin ocultar ya su desprecio - si no hay varón, la casa es mía mucho antes que de cualquier otro varón con relación familiar lejana. Y desde luego, mucho antes que del Estado.

Él la miró furioso, ensanchando sus fosas nasales hasta que su rostro se contrajo en una mueca de ira y vergüenza. El párroco se acercó a ellos, con el rostro rojo y empapado por el sudor.

- Vamos, no hay por qué ponerse así. La cosa es, señorita - dijo fingiendo un tono dulce e infantil, como si ella fuera estúpida - que al no haber testamento, hay unos vacíos legales, ya sabe...

- A otro perro con esos cuentos, padre - dijo ella apartando la mirada del notario y mirando al párroco con dureza - Y si no salen de mi propiedad en este momento les aseguro que soltaré a los perros.

Escandalizados por su respuesta, ambos comenzaron a gritar, sin embargo, ella ya se había dado la vuelta para subir las escaleras de nuevo.

- ¡Es usted una bruja! ¡Una mujer amoral!

- Buenos días, señor Brehms - se despidió ella sin mirar atrás - Los veré el domingo en la Iglesia.

Las perjurias de los dos hombres quedaron atrás cuando abandonaron el recinto, y ella volvió a la estancia desde donde los había visto entrar. En aquella pequeña biblioteca, su gato seguía sentado sobre una pila de libros, en una postura más relajada, descansando sobre sus patas. Y a su lado, sentado en una de las butacas, un hombre rubio de ojos agudos y sonrisa afilada. Ella no se sorprendió por su presencia, sino que se dirigió a un armarito donde había algo de alcohol y sirvió un líquido oscuro en dos copas de brandy.

- "Una mujer amoral" - repitió él con un tono divertido.

Ella bebió de su copa un trago largo y volvió junta a la ventana, con un secreto temor a que esos dos hombres pudieran echarla de aquel lugar.

- ¿Cómo es ese hombre? El hombre del que todos hablan, el señor Brehms.

- Extraño - respondió ella con sus pupilas clavadas en la berja de entrada, ahora cerradas.

- ¿Uno de los nuestros? - preguntó él con interés.

- No.

Compartieron un rato en silencio, sólo roto por el ronroneo de Maquiavelo en las rodillas de Avon Fox, quien seguía teniendo los ojos fijos en ella, escrutándola bajo una máscara impenetrable bajo la que escondía la maquinación de un plan maestro para acabar con todo aquello que osara hacerles frente.